

BESTARD, Joan *Parentesco y modernidad*
Barcelona: Paidós, 1998, 255 pp.

Jordi Grau Rebollo

Universitat Autònoma de Barcelona

El parentesco ha sido considerado a menudo la columna vertebral de la disciplina antropológica, un eje a partir del cual pivotaban necesariamente la organización social, la ordenación de la reproducción en todas las sociedades y las estrategias productivas en muchas de ellas. Desde su papel privilegiado como cemento ordenador, el parentesco se erigió en un marco teórico capaz de dar cuenta de las estructuras relacionales de los seres humanos, independientemente de su configuración formal. Tylor, a finales del siglo XIX consideraba este dominio teórico como un campo idóneo para la aplicación de modelos matemáticos a la organización humana.¹ Malinowski habló también del “álgebra del parentesco” y no han faltado, a lo largo del presente siglo, intentos de dar cuenta de la diversidad a partir de la enunciación de teoremas y métodos estadísticos que arrojasen luz sobre la aparente arbitrariedad de las formas de relación entre seres humanos (especialmente entre aquellos que se reconocían a sí mismos como parientes).

No obstante, los modelos teóricos formulados con vocación universalista acabaron por ser puestos en cuestión a la luz de la propia producción etnográfica. En este sentido, la obra de George Peter Murdock, orientada a la creación de un gran archivo donde, de forma sistemática, se recogiese la totalidad de las fuentes etnográficas conocidas, y la elaboración secuencial de muestras etnográficas mundiales, proporcionaron a los antropólogos y antropólogas referentes cuantitativos para la puesta a prueba transcultural. Desde

1. Durante la segunda mitad del siglo abundan, por ejemplo, los intentos de ordenar los diversos sistemas terminológicos con los que los seres humanos nos referimos a determinados individuos dentro de un conjunto de individuos mucho mayor.

finales de los años 30, a partir del Institute of Human Relations de la Universidad de Yale, Murdock fue trabajando incesantemente para depurar una muestra representativa de la variabilidad cultural existente, con el fin de permitir la elaboración de teorías que diesen cuenta de la cultura, y de la forma en la cual los seres humanos se desenvuelven en ella. Fruto en parte de las sucesivas aportaciones etnográficas de las muestras recopiladas por Murdock, durante los años sesenta fueron resquebrajándose paulatinamente los modelos explicativos cimentados en las teorías de la filiación, mientras los modelos teóricos basados en la alianza —enunciados básicamente por Lévi-Strauss— parecían ganar popularidad en el ambiente académico. Aparentemente, mientras para unos —teóricos vinculados a la antropología francesa— el parentesco cobraba vida a través del análisis de las alianzas entre grupos vinculados mediante el matrimonio, para otros —representantes de la antropología americana— el parentesco iba certificando su propia defunción. Las inconsistencias y ambigüedades de los modelos de filiación y la búsqueda conflictiva de un espacio genealógico universal parecían en este punto sugerir el abandono de la disciplina.

A comienzos de los setenta y durante prácticamente dos décadas, las teorías del parentesco han debido enfrentarse a críticas radicales (tanto por la contundencia de sus enunciaciones como por afectar a las raíces mismas de la disciplina). De este modo, se pasó de cuestionar los modelos teóricos del parentesco y su adecuación en el análisis transcultural, a poner en duda la posibilidad misma de existencia de una disciplina que mantuviese el parentesco como eje vertebrador de la organización social.

Poco después, Needham (1971) planteó la inviabilidad de los modelos teóricos y desnudó al parentesco de su armazón protector. Schneider (1984) replanteó el parentesco más en términos de una ideología cultural que como un marco teórico de alcance universal. Las proyecciones etnocéntricas se revelaban, como ya había sugerido Needham, inútiles por su propia naturaleza situacional. La extrapolación de determinados conceptos etnosemánticos a dominios culturales ajenos a aquellos en que originalmente fueron formulados, conduce inevitablemente —desde esta perspectiva— al fracaso explicativo o a la ficción etnográfica (ya Leach, en los sesenta, había reclamado la

flexibilización de los conceptos usados en antropología con el fin de evitar el agarrotamiento procedural en los análisis transculturales).

En el contexto occidental parece que el parentesco ha perdido la profundidad de su huella para rendirse a la influencia de un dominio aparentemente alternativo: la familia. De este modo, el parentesco subsistiría —en todo caso— como marco teórico fértil para sociedades no occidentales (las llamadas a menudo “pre-capitalistas”, “primitivas”, etc.) y la familia pasaría a ocupar su lugar en los sistemas sociales industrializados, especialmente en áreas urbanas. Bestard plantea esta cuestión al comienzo del libro e inmediatamente procede a identificar el carácter esencial de la misma: tratar de dar cuenta de por qué ha sucedido, presumiblemente, de esta manera.

En *Parentesco y Modernidad*, Joan Bestard recorre con habilidad y extraordinaria claridad —que no simplicidad— este tortuoso itinerario teórico, desde la construcción de un andamiaje teórico formidable hasta el aparente resquebrajamiento de sus modelos cognitivos. En poco menos de trescientas páginas, recapitula más de cien años de historia de la disciplina y contextualiza las diversas aportaciones que se han ido sucediendo a lo largo de este dilatado periodo. Desde los esfuerzos de Tylor y Morgan por elucidar sistemas terminológicos estándar, recurrentes a lo largo y ancho del planeta, hasta el replanteamiento teórico al que nos abocan las llamadas Nuevas Tecnologías Reproductivas (NTR).

Por todo ello, *Parentesco y Modernidad* no supone únicamente una referencia de lectura obligada para todo aquél interesado en las llamadas Teorías del Parentesco, sino que también aparece como un sugerente replanteamiento de diferentes debates que no son en absoluto exclusivos de la arena antropológica. Conceptos como “Familia”, “Unidad Doméstica”, “Paternidad”, “Maternidad”, “Naturaleza”, etc. se convierten en categorías analíticas a las que numerosos teóricos han recurrido desde múltiples perspectivas académicas. Las ideas de transformación en las estrategias relacionales de los individuos, encarnadas sobre todo en las múltiples mutaciones a las que aparentemente se someten los modelos familiares, y el impacto que la gestión cultural de la tecnología está teniendo en la forma en la que los seres humanos (se ha sugerido que principalmente las mujeres) reorganizan sus proyectos

vitales, parecen haber suscitado el interés de las Ciencias Sociales desde diversas vertientes. La obra se centra, obviamente, en la perspectiva antropológica, pero sin dejar de lado aportaciones relevantes provenientes de otras disciplinas, mediante marcos teóricos diversos pero complementarios en el plano analítico.

La revisión teórica del parentesco operada por Joan Bestard repasa, de este modo, los dominios conflictivos más recurrentes en la disciplina (las diversas teorías que pretenden dar cuenta de la prohibición del incesto, la naturaleza dicotómica del parentesco —naturaleza/cultura; orden natural/orden social, etc.—; o la propia fecundidad del parentesco —entendido como categoría analítica— para el análisis y la comparación transcultural). La constatación de su vigencia, pese a la dureza de las críticas y los intentos de formular marcos teóricos alternativos, nos sugieren que el dinamismo que experimenta la Antropología del Parentesco es fruto, precisamente, de la insatisfacción que generan sus cuerpos teóricos.

En efecto, lejos de renunciar al parentesco como herramienta teórica, los antropólogos y antropólogas intentan revisar la esencia de su constitución y las diversas vías de su crecimiento. Por decirlo de alguna manera, más que aniquilarlo, la modernidad recupera al parentesco desde una nueva perspectiva: la conciencia de sus limitaciones y la inquietud por un replanteamiento eficaz de sus dominios problemáticos. Un replanteamiento que tal vez actuaría de bálsamo ante el desasosiego que en determinados círculos generaron las críticas radicales de los 70 y 80, además de la alternativa particularista que algunos oponían como solución: la reducción del estudio etnográfico al análisis concreto de sistemas culturales en su individualidad, con lo que abortaban de raíz la comparación cultural anclando los conceptos y su extensión en el particularismo cultural más estricto. La idea parecía ser la siguiente: el parentesco sólo puede subsistir si es útil, y será útil si es efectivo. Esta efectividad, sugieren numerosos antropólogos, debe pasar por el replanteamiento de los modelos teóricos convencionales.

Parentesco y Modernidad invita ciertamente a la reflexión, tanto en su repaso de las “teorías clásicas”, como —y a mi entender especialmente— en el análisis del panorama actual de la disciplina. Desde los enunciados

universalistas del XIX, hasta la clonación, pasando por modelos teóricos que pretendían dar cuenta de dominios concretos (parentesco europeo, pongamos por caso), las críticas que ha recibido el parentesco no ha anulado en absoluto su vigencia. Beattie, Leach, Holy, Héritier, Needham, Schneider,... todos ellos han evidenciado las inconsistencias y puntos flacos de los modelos teóricos. Tal vez la tarea, como sugiere Bestard, sea entonces explicar por qué no ha sido abandonado, sino que, como máximo, ha quedado presuntamente relegado en nuestro sistema cultural a un papel secundario. En apariencia ha perdido vigencia, *y sin embargo se mueve*.